

LA ESPIRAL, ESPACIO PARA EL PENSAMIENTO Y LAS CULTURAS DEL VALLE DEL EBRO

TEXTO ORIGINAL DE LUIS ARENAS

LA PALABRA

En la tradición judeocristiana el mito de Babel presenta la diversidad de las lenguas como un castigo divino ante la insolencia y la desobediencia de los hombres. Según narra el *Génesis*, el castigo por desafiar la voluntad de Dios fue condenar a los habitantes de Babel a hablar en lenguas diferentes. Condenarlos a no poder compartir ya el mismo idioma. Condenarlos, en definitiva, al desencuentro por obra y a causa de la palabra. Desde entonces Babel es el nombre para un mito paradójico: el de la incomunicación humana por el lenguaje.

Pero ¿y si esa pluralidad de lenguas e idiomas no fuera un castigo? ¿Y si fuera, en cambio, un inapreciable don que ensanchara la realidad en la que nos vemos obligados a vivir?

Cada lengua encierra bajo sí una mirada única e insustituible sobre el mundo. Como armónicos que se pierden en el aire, en cada palabra dicha en cualquier idioma resuena la memoria de un grupo humano: de sus valores, de sus miedos, de sus esperanzas.

El hecho de que no exista la traducción perfecta ni siquiera del más elemental fragmento de sentido (un saludo: *ahalan, shalom*; una despedida: *ma'a ElSalama, lehitraot*) habla de la infinita riqueza que encierra bajo sí cada una de las lenguas del planeta y sugiere algo de los tonos con que cada palabra colorea la realidad de la que nos habla. Por eso cada vez que una lengua se extingue, muere con ella un poco del brillo de las cosas.

Y es que cada idioma nos enfrenta a un punto de vista exclusivo sobre el mundo. Cada lengua recorta la realidad a una escala nunca del todo idéntica a las demás. Por eso cada lengua se nos ofrece como una ventana única a un mundo que sólo sus hablantes podrán habitar sintiéndose como *en casa*. El lenguaje, como alguien señaló, acaba por ser la verdadera casa del ser...

Por eso la figura del traductor (por difícil que sea su tarea, por improbable que sea su éxito) representa un intento de acompañarnos y abrir camino en esa incierta aventura que consiste en tratar de acercarnos a los mundos en que otros habitan; la esperanza de insinuar —aunque sea de forma imperfecta y tosca— un punto de vista diferente sobre sentimientos, emociones o ideas que otros experimentan a diario de un modo sutilmente distinto. El amor por las palabras (por las de nuestra tribu y por las de los demás) suele ser testimonio de un espíritu al mismo tiempo delicado y exacto. Ser capaz de amar las palabras es, como dijo el poeta, señal de inteligencia (“Intelijencia, dame/ el nombre exacto de las cosas!”) porque es señal de inteligencia y de respeto a la verdad mostrarse sensible al matiz.

¿Y si en lugar de un lugar maldito por la ira de Dios, Babel fuera, en cambio, un lugar bendecido por el brillo y la riqueza de sus matices?